

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

En presencia



Lino Emilio Díez:
«Somos parte
de una realidad
comunitaria, la
asamblea litúrgica»

Número 21
Septiembre-Octubre de 2021

4,75 €





Sumario:



5
11



6
13



8
14



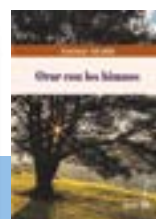
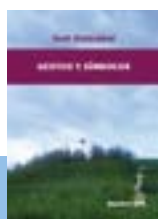
9
15



10
16



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Año 4. Número 21
septiembre-octubre 2021

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual**2020/2021:**

En papel: 27,00 €

Online: 19,00 €

Precio de este ejemplar:

4,75 €

Dirección:

Quiteria Guirao Abellán
qguirao@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez Valladares
Marja Guarch
M. Àngels Termes
Joan Torra

Consejo asesor:

Natàlia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Carme Munté
Juan Carlos Pérez
Marta Pons

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Diputació 231
08007 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

Lino Emilio Díez

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



PRESENCIA REAL

En la liturgia eucarística, Dios tiene una presencia real. Estamos viviendo la Última Cena del Señor, el misterio pascual, por lo que nosotros debemos estar allí, en el tiempo de Dios, en el espacio de Dios (cf. Francisco, *En misa sin reloj*, 14-2-2014).

Cerramos esta revista en unos momentos en qué los medios de comunicación nos están informando de la minoración de la quinta ola de la pandemia por Covid-19 y de que la vacunación avanza a buen ritmo. Sin que sea noticia de primera página, nuestras comunidades parroquiales mantienen su función de ser lugares reales de encuentro y de celebración de la fe. Ahora bien, ¿estamos volviendo a la presencialidad y a la participación sacramental con todo nuestro ser?

Esta puede ser una pregunta oportuna después de unas semanas donde esperamos haber desconectado de la rutina que nos marca la vida cotidiana. Ahora bien, y sin que haya respuestas certeras e inamovibles, os invitamos a una lectura relajada y atenta que en el sentido de la pregunta nos aportan nuestros y nuestras articulistas.

Nada más empezar, la entrevista de Carme Munté a Lino E. Díez ya nos dice: «Hablar de liturgia es hablar de encarnación, de la dimensión más sensible de nuestra vida cristiana. Es muy importante la corporalidad, porque la presencia de Dios pasa a través de los signos, los gestos y las palabras».

Antonio Alcalde nos anima a cantar: «En la asamblea nadie debe quedarse sin cantar. Si el unísono de las voces es imagen y signo eficaz del unísono de los corazones, si el canto arroja la Palabra de Dios, si crea comunión, reconciliación etc., nadie debe permanecer como un mudo espectador en la liturgia».

Lluís Magriñá nos presenta el conjunto de mosaicos obra del jesuita Marko Rupnik, «Espacio de Encuentro», en el santuario de la cueva de San Ignacio, Manresa: 93 figuras en 25 escenas de nuestra vida con Dios.

El grupo de liturgia de Santa Eulalia de Vilapicina nos acerca al trabajo que han realizado para que las medidas de prevención que ha sido necesarias implementar interfirieran lo mínimo posible en las actividades o celebraciones que dan sentido a nuestra vida cristiana.

Natàlia Aldana nos anima a «superar miedos y celos y salir a recuperar nuestra presencialidad, nuestro ser físico en un espacio y tiempo concreto».

Bernabé Dalmau con un título sugerente *Asamblea litúrgica sin presencia física*, en su contenido, nos recuerda «que si algo caracteriza la liturgia es que es obra de Iglesia, actualización del misterio de Cristo que implica toda la persona del creyente, especialmente en su corporeidad...»

Las secciones propias del tiempo ordinario y la oración, completan la revista. Todas las personas que hacen posible esta revista os deseamos un buen inicio de curso y le pedimos a Dios que «nos lleve a la plena conciencia y al compromiso para con nuestros hermanos y hermanas».

QUITERIA GUIRAO ABELLÁN
qguirao@cpl.es

Galilea.153

Liturgia, pastoral, vida cristiana



¡Suscríbete y regala comunidad!

Después de rellenar los datos, haz una foto y envíala por WhatsApp: 619 741 047

Deseo suscribirme a la revista Galilea.153 hasta diciembre de 2022 (8 números)

Nombre y apellidos: _____

Parroquia o comunidad: _____

Domicilio: _____

CP: _____ Población: _____

Provincia: _____

Teléfono: _____ Correo electrónico: _____

Suscripción en papel (hasta diciembre 2022): 27€

Suscripción online (hasta diciembre 2022): 19€

FORMA DE PAGO:

Transferencia bancaria a nombre del Centre de Pastoral Litúrgica

IBAN ES24 0081 7010 5900 0116 9120. Banc de Sabadell

IBAN ES38 2100 3200 9522 0137 4010. Caixabank, S.A.

Domiciliación bancaria:


Agradeceré que quieran atender los pagos que el CPL les presentará

E S

Tarjeta de crédito:

Fecha de caducidad: ____/____

Firma
(indispensable)

 Cuenta de destino: cpl@cpl.es

Regalo la suscripción hasta diciembre de 2022 de la revista Galilea.153 a:

Nombre y apellidos: _____

Parroquia o comunidad: _____

Domicilio: _____

CP: _____ Población: _____

Provincia: _____

Teléfono: _____ Correo electrónico: _____

Suscripción en papel (hasta diciembre 2022): 27€

Suscripción online (hasta diciembre 2022): 19€

Rellena la forma de pago descrita más arriba.

Quiero que enviéis un ejemplar de la revista Galilea.153 gratuitamente a:

Nombre y apellidos: _____

Parroquia o comunidad: _____

Domicilio: _____

CP: _____ Población: _____

Provincia: _____

Teléfono: _____ Correo electrónico: _____

Conforme a lo que dispone el artículo 6 de la ley orgánica 15/1999 del 13 de diciembre, de Protección de datos de carácter personal, autorizo al Centre de Pastoral Litúrgica a incluir mis datos personales al archivo informático de esta entidad así como a tratarlos, para recibir información periódica de sus actividades. En cualquier momento el titular podrá ejercer los derechos de acceso, rectificación y cancelación, así como oponerse al tratamiento de sus datos dirigiéndose al Centre de Pastoral Litúrgica con domicilio en la calle Diputació, 231, 08007 Barcelona.

UN ESPACIO DE ENCUENTRO

LLUÍS MAGRIÑÁ, *Manresa*

La obra del artista jesuita Marko Rupnik fue concebida durante su visita al santuario de la Cueva de San Ignacio de Manresa el año 2015. La propuesta que le hicimos fue «un itinerario desde los Ejercicios Espirituales de la Historia de la salvación» de las ocho estancias, en imágenes bíblicas. Las cuatro semanas del libro de ejercicios de san Ignacio de Loyola: principio y fundamento; la llamada y la vida pública de Jesús; la Pasión y muerte, y, la Resurrección y contemplación para conseguir el amor quedan recogidos en las ocho estancias.

Desde entonces trabajó con su equipo en el Centro Aletti, en Roma, para ir diseñando cada una de las ocho estancias que forman las estancias laterales del santuario. Cuando Rupnik y su equipo llegaron a Manresa, marzo de 2021, abrieron diversos contenedores en los que llevaban diferentes materiales: figuras, cabezas, manos, pies, así como mármoles y mosaicos de los cinco continentes. Pero lo realmente importante fue el equipo humano de veintidós artesanos de más de diez nacionalidades diferentes, que trabajaron día y noche por acabar los mosaicos en dos semanas. Ellos y ellas habían estudiado con Rupnik las tradiciones cristianas de oriente y occidente, dominaban diferentes ramas del arte, los antiguos iconos, los mosaicos clásicos, la Biblia, la historia y, además, hacían de su trabajo un tiempo de plegaria. En la vivencia de la fe reside la energía por transmitir la historia sagrada en esta obra de arte contemporáneo que contemplamos hoy.

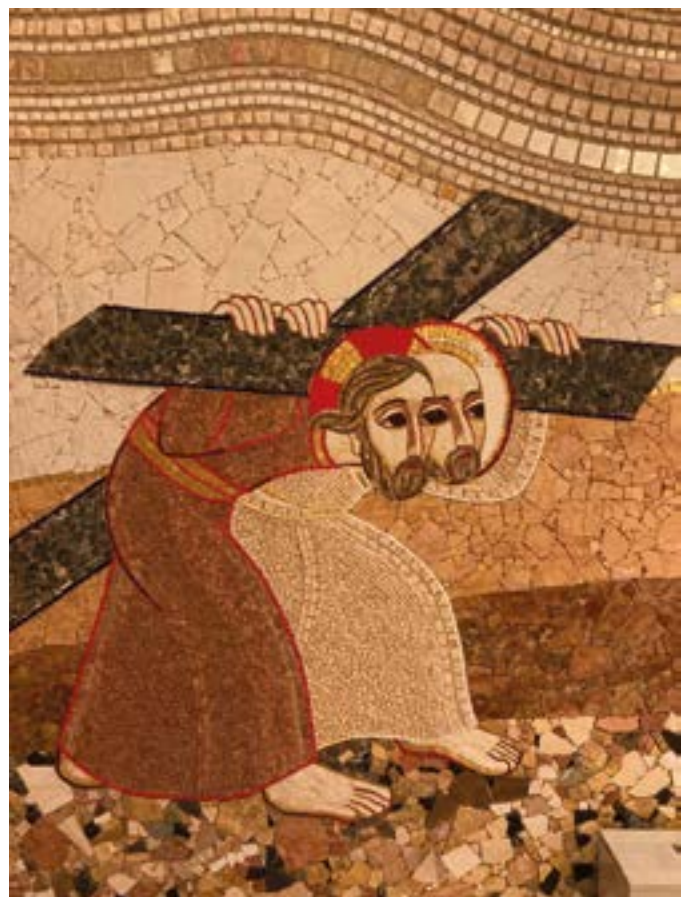
En los mosaicos la luz parece brotar directamente de las piedras. De las figuras han cuidado especialmente las caras y las manos; muchas de ellas hechas en Roma y otras acabadas aquí. Cada rostro ha llevado más de una semana a cada artista para completarlo y, en total, hay 93 figuras en el santuario en 25 escenas de nuestra vida con Dios. La unión de las teselas está más separada en los fondos, se va cercando en los vestidos y su unión es milimétrica en los rostros y en las manos. La materia fragmentada se va unificando a medida que se acerca a lo humano y que lo humano se acerca a lo divino. También hay un código de

colores que acompaña toda la obra, por ejemplo: el dorado, el rojo y el blanco contienen la presencia de Dios, pero el gris y el negro son la ausencia del bien, de luz y la lejanía de Dios.

Cuando preguntamos a Rupnik cómo podríamos llamar al conjunto de mosaicos de esta obra de arte en el santuario de la cueva de San Ignacio nos respondió: «Un espacio de Encuentro». Contemplar estos mosaicos despierta preguntas en nuestro interior que nos llevan a descubrir la presencia del Espíritu, que habita en nosotros.

[Marko Rupnik presenta los mosaicos del Santuario de la Cueva San Ignacio de Manresa](#) (YouTube)

Fotografía: Cueva de Manresa



LINO EMILIO DÍEZ: RENOVACIÓN LITÚRGICA EN TIEMPOS DE COVID

CARME MUNTÉ MARGALEF, *Barcelona*

«Vivimos una situación del todo peculiar que exige formas y respuestas nuevas que no estoy del todo convencido de que seamos capaces de dar». Así empieza esta entrevista, que mantenemos de forma telemática, Lino Emilio Díez Valladares, religioso sacramentino, doctor en Sagrada Liturgia y párroco de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento de Madrid.

Nacido en 1962 en Madrid, Lino Emilio Díez es miembro de la Delegación Episcopal de Liturgia y Patrimonio de la Archidiócesis de Madrid y de la Asociación Española de Profesores de Liturgia. También lo es del Centre de Pastoral Litúrgica y del equipo responsable de la revista *Galilea.153* y del Consejo de la revista *Phase*.

La pandemia, nos dice, ha irrumpido en un momento delicado para la liturgia. A los 50 años de la renovación litúrgica, había ahora una necesidad de fundamentación y consolidación. Y, si bien la pandemia ha interrumpido este proceso, «el aspecto positivo es que también pone en evidencia que a lo mejor no estábamos cimentando bien nuestra vida cristiana y necesitamos poner raíces más profundas».



¿Cuál es la importancia de los lenguajes corporales en la liturgia?

Hablar de liturgia es hablar de encarnación, de la dimensión más sensible de nuestra vida cristiana. Es muy importante la corporalidad, porque la presencia de Dios pasa a través de los signos, los gestos y las palabras. No hay sacramentos si no hay signos concretos. No hay bautismo sin agua, unción sin óleo, eucaristía sin pan y vino; no hay sacramento del orden si no hay imposición de manos y se toca la cabeza del ordenando.

Dimensiones que han quedado colgadas por la llegada de la pandemia. ¿Qué supone?

En primer lugar, supone un serio peligro, porque el riesgo del espiritualismo extremo vuelve a aparecer. En segundo lugar, ha hecho minusvalorar algo que es fundamental en la celebración litúrgica: la dimensión comunitaria, el sentirnos convocados y

reunirnos como Pueblo de Dios para celebrar el misterio de la salvación. Celebramos personalmente, pero no debemos celebrar individualmente. Tenemos que sentirnos parte de una realidad comunitaria, que es la asamblea litúrgica, la comunidad celebrante, que nos convierte a todos en concelebrantes de la liturgia en virtud de nuestro sacerdocio bautismal.

A la hora de regresar a la liturgia presencial, ¿mucho gente se habrá quedado por el camino?

Es obvio que esta circunstancia va a dejar gente por el camino y pone en evidencia que en nuestras celebraciones dominicales había mucho de rutina. Las circunstancias nos han obligado a no asistir y hemos descubierto que tampoco pasaba nada. Eso puede tener una consecuencia grave de desvincularse de la comunidad y, por tanto, de la vivencia comunitaria de la fe.

Ahora bien, de todo podemos sacar consecuencias positivas. Así, también sirve como un toque de atención y una llamada a redescubrir lo que es verdaderamente importante, a replantearnos personal y comunitariamente el sentido de la celebración litúrgica en nuestra vida, de nuestra participación comunitaria, de nuestro compromiso con la comunidad, incluso económicamente. Ha cambiado radicalmente la dinámica económica, porque la gente estaba acostumbrada a hacer su aportación en la colecta en la celebración. Entonces, si no vienen, no hay colecta y, por tanto, no hay ingresos. Es la consecuencia menos importante, pero no olvidemos que hay que pagar los recibos.

Ciertamente, la asistencia a la celebración eucarística dominical ha disminuido de forma significativa. ¿Cómo ayudar a superar el miedo?

Hay personas mayores que a lo mejor vendrían, pero sus familias les dicen que esperen. Yo siempre digo que tenemos que seguir viviendo, siendo prudentes, evidentemente, pero no cobardes. Debemos ayudar a la gente a celebrar y vivir la fe y, en definitiva, a hacer una lectura cristiana de esta situación; a interpretar y leer los acontecimientos a la luz de la fe.

¿La pandemia ha supuesto una aceleración del proceso de secularización?

Estoy convencido de que la circunstancia de la pandemia nos ha adelantado diez años, o más, el proceso de secularización, no por una reflexión previa, sino por la dinámica de la convivencia y de las relaciones sociales. Como la fundamentación no es muy fuerte, tampoco sentimos mayor necesidad.

Antes de la pandemia, ¿cuál era el estado de salud de la celebración litúrgica?

Estábamos en un momento delicado. A 50 años de la reforma litúrgica, la euforia y el entusiasmo por los cambios habían terminado, pero como dijo san Juan Pablo II, terminada la reforma, toca hacer la renovación; es decir, tenemos que fundamentar los cambios, formar a nuestras comunidades cristianas para ayudarlas a ir más allá de lo que son las formas externas nuevas, a descubrir los contenidos profundos que esas formas quieren expresar. La pandemia ha supuesto un paréntesis, pero, además, también ha puesto de manifiesto la tentación del retorno a las formas anteriores, a la liturgia tradicional, a hacer mezclas indiscriminadas entre liturgia tradicional y liturgia moderna.

¿Cómo valora el motu proprio del papa Francisco *Traditionis custodes*?

Es una buena noticia. Confirma exclusivamente la doctrina conciliar según la cual la denominada «forma ordinaria» es «única expresión de la *lex orandi* del Rito romano». Recupera el papel del obispo como moderador de la vida litúrgica en las iglesias locales, con el objetivo de restablecer la unidad del rito romano; el modo de celebrar es una expresión también de nuestra comprensión de la Iglesia y su presencia en el mundo. Lo más urgente, creo, es profundizar en una buena formación litúrgica que evite los no pocos «desvaríos» que se dan todavía hoy.

Es habitual seguir la Eucaristía por medios tradicionales como la televisión y la radio. Con la pandemia han proliferado nuevos canales. ¿Han venido para quedarse?

Se trata de un tema delicado. Hay una cuestión muy sencilla: ¿ver a alguien cenar por televisión hace que tú cenes? No. Ves que alguien cena, pero tú sigues con hambre. La situación excepcional hace que la retransmisión de la misa nos permita un «mínimo» de participación, pero lo deseable es la celebración presencial comunitaria y la participación sacramental. Hay que asumir las circunstancias excepcionales, pero no convertirlas en norma. Por otra parte, en la proliferación de misas por redes sociales veo un poco de exhibicionismo por parte de los curas, aunque sea con la mejor intención. Nos creemos imprescindibles y situaciones como esta nos demuestran que no lo somos tanto; quizá lo grave sea que no somos capaces de hacer otras propuestas...

En este sentido, ¿el Covid ha permitido un redescubrimiento de la importancia de la Iglesia doméstica?

La pandemia nos ha dado la oportunidad de descubrir otras dimensiones de la celebración de la fe que probablemente no han sido suficientemente aprovechadas. No podemos olvidar que todo el Pueblo de Dios ha recibido el Espíritu en el bautismo y la confirmación. Por lo tanto, las familias son lugares donde se puede celebrar la fe, rezar juntos, crear un espacio para la relación con Dios. Esa ha sido y está siendo una dimensión poco aprovechada. Sería importante no hacer a las familias dependientes de las misas que hace el cura a veces desde el comedor de su casa.

¿El Covid puede ser oportunidad de mayor vivencia y conocimiento litúrgico?

Hay gente que está deseando volver a celebrar en el templo con la comunidad, eso es un efecto positivo. Hemos descubierto que nos falta mucha formación. Tenemos que fundamentar mucho más y diversificar nuestros modos, es decir, parece que solo sabemos celebrar misas, cuando la vida litúrgica tiene otras muchas expresiones: la liturgia de las horas puede ser un instrumento perfecto para celebrar en familia; o la importancia de las celebraciones de la Palabra. Pero para eso necesitamos más valentía y creatividad, y superar muchos de nuestros clericalismos. Los obispos del norte de Italia acuñaron una expresión que es muy interesante: «Más misa, menos misas». No se trata de multiplicarlas, se trata de cualificarlas, dándoles densidad de sentido y profundidad de vivencia.

CANTO Y ASAMBLEA LITÚRGICA

ANTONIO ALCALDE FERNÁNDEZ, *Madrid*

«Dime cómo canta tu asamblea y te diré qué tipo de asamblea tienes»

«Dime cómo cantas y te diré cómo crees»

«Dime qué cantas y te diré qué crees»

Fotografía: Cathopic



La pandemia está siendo vencida. Llega el tiempo de pasar de la celebración virtual a la presencial, pasar de la oración personal a la comunitaria, de la comunión espiritual a la comunión dominical presencial. La liturgia es para celebrarla comunitariamente, en asamblea reunida como Pueblo de Dios.

El fenómeno actual del canto de las asambleas «es producto de la variedad de las asambleas celebrantes, o por lo menos, de quienes las animan» (Gelineau). *Dime lo que cantas y te diré lo que crees* es el título de un libro de Scouarnec. Parafraseando el título del libro podemos decir: «Dime cómo canta tu asamblea y te diré qué tipo de asamblea tienes» o «dime cómo cantas y te diré cómo crees» o «dime qué cantas y te diré qué crees». G. B. Montini, arzobispo de Milán, hoy san Pablo VI, al comentar el trabajo pastoral de sus párrocos, exclamó: «Una parroquia que no canta, no canta en ningún sentido». Dicho en clave más positiva, nos dirá «si un pueblo canta, nunca perderá la fe». Hablando al Sínodo menor de Milán (1959) dijo que era necesario «que el pueblo devoto de nuestras iglesias sea educado para el canto colectivo».

Los cantos de la asamblea deben pertenecer a un lenguaje común y accesible a todos los que participan.

El pueblo los debe asumir y hacer de ellos su oración. Todos tienen derecho a comprender y participar a través del canto, especialmente los que tienen menos posibilidades. Esto no quiere decir rebajar al máximo la calidad musical y textual de los cantos, sino que implica pensar en todos y en cada uno como los demás. Los cantos de la asamblea deben ser practicables para la media de los fieles reunidos.

Cantar, sin embargo, exige el compromiso completo del hombre. En las celebraciones es cuando las canciones retan a las personas a expresar la dicha de la celebración en un tono más alto. Hay muchas personas que creen que no pueden cantar. Sin embargo, cuando me siento en silencio en medio de una comunidad que está cantando me excluyo interiormente.

En la asamblea nadie debe quedarse sin cantar. Si el unísono de las voces es imagen y signo eficaz del unísono de los corazones, si el canto arroja la Palabra de Dios, si crea comunión, reconciliación etc., nadie debe permanecer como un mudo espectador en la liturgia. Abstenerse del canto equivale a marginarse de la asamblea y romper la unidad de la misma.

- ¿Qué aporta el canto en la celebración litúrgica de vuestra comunidad?
- ¿Dedicáis formación y tiempo al canto?

Os recomendamos acceder a los [materiales adjuntos](#) en la página 2 de esta revista, donde podréis encontrar una parte de la introducción del libro *Orar con los himnos* (Dossiers CPL 140), de Antonio Alcalde.

LA LITURGIA EN LAS CELEBRACIONES EN TIEMPO DE PANDEMIA

GRUPO DE LITURGIA DE LA PARROQUIA DE SANTA EULALIA DE VILAPICINA, *Barcelona*

La pandemia que aún sufrimos se llevó, sobre todo, a las personas amadas, pero también nos quitó nuestra cotidianidad, actividades o celebraciones que dan sentido a nuestra vida cristiana, como es el caso de no poder participar en las celebraciones eucarísticas. A pesar del trastorno que esto supuso, lo vivimos con la esperanza puesta en el Señor.

Esta esperanza alimentada por la plegaria hermanada de todos los cristianos y cristianas del mundo y siempre con la bendición del santo padre, dio su fruto cuando se puso fin al confinamiento y pudimos volver de nuevo a nuestras iglesias.

El retorno a la participación en las Eucaristías supuso el seguimiento de unas medidas preventivas, dictadas por el gobierno, para evitar contagios de Covid-19. La tarea no fue fácil, pues se había de hacer cambios en cuanto a aforo y, sobre todo, en la liturgia de las celebraciones eucarísticas.

Los fieles entendieron que el seguimiento de aquellas medidas posibilitaría el privilegio que tenemos los cristianos de participar y colaborar en nuestras celebraciones de diferentes maneras.

Desde el equipo de liturgia de la parroquia de Santa Eulalia de Vilapicina hemos trabajado para que las

medidas de prevención implementadas interfirieran lo mínimo posible en este espacio de plegaria personal que cada uno de nosotros busca en el momento en que entra en la casa de Dios. Un ejemplo claro lo tenemos en los cantos, parte relevante en el conjunto de la liturgia, pues ya que no se podían usar los cantorales decidimos escoger los más conocidos, porque nuestra prioridad era la participación de todos los fieles. El acompañamiento de órgano en los cantos de las celebraciones dominicales fue un elemento esencial, permitiendo sobre todo después de la comunión el encuentro de cada uno de nosotros con Dios.

El momento de la paz en la liturgia de la Eucaristía añadió un sentido especial al que ya tiene, el gozo de reencontrarnos de nuevo en la celebración. Nuestra valoración ha sido, por tanto, muy positiva, ya que todos han contribuido para que las Eucaristías se pudieran celebrar con la dignidad que merecen. Por tanto, hemos de agradecer la tarea de los sacerdotes y personal colaborador de la parroquia, de los fieles y, especialmente, la misericordia y bondad de Dios y de su Madre, María, sin los cuales esto no hubiera sido posible.

[Parroquia de Santa Eulalia de Vilapicina \(web\)](#)



Fotografía: Santa Eulalia de Vilapicina, Barcelona

Los fieles entendieron que el seguimiento de aquellas medidas posibilitaría el participar y colaborar en nuestras celebraciones de diferentes maneras

Orad hermanos... ¡todos en pie!

Algunos feligreses nos han comentado que, según la iglesia a la que acuden a celebrar la Eucaristía, existen prácticas diversas sobre el momento de ponerse en pie al inicio de la plegaria eucarística. En algunos lugares aún mantienen la costumbre antigua de ponerse en pie al empezar el prefacio: «El Señor esté con vosotros... Levantemos el corazón...»; pero permanecen sentados mientras el celebrante dice la oración sobre las ofrendas.

En la mayoría de lugares, sin embargo, ya hace tiempo que aprendieron que en los momentos principales de oración que dice el celebrante el pueblo se suma a esa oración poniéndose en pie.

Pero aún son muchos los que no han aplicado la novedad de la tercera edición del misal, que adelanta el momento de ponerse en pie al momento en que el sacerdote invita al pueblo a rezar diciendo: «Orad, hermanos...» (*Ordenación General del Misal Romano*, núm. 46). En este momento, el pueblo se levanta y responde: «El Señor reciba...». Ciertamente que cuesta cambiar las costumbres, pero si se explica y se orienta correctamente, en poco tiempo la comunidad se acostumbra a hacerlo bien.

La paz y el Cordero de Dios

Son dos momentos distintos en los ritos preparatorios de la comunión (*Ordenación General del Misal Romano*, núms. 82-83). Aunque a menudo aparecen solapados, hasta el punto de que hay muchos fieles que piensan que el Cordero de Dios es el canto de la paz, y la fracción del pan queda muy desapercibida. Vale la pena separar muy bien los dos momentos y darles a cada uno su relieve.

Primero el rito de la paz, que debe ser sobrio, con los que tenemos más cerca, sin perturbar el clima de silencio. Con este signo «la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana,

y los fieles se expresan la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de comulgar» (*Ordenación General del Misal Romano*, núm. 82).

El celebrante no empieza la fracción del pan hasta que el pueblo no ha acabado de darse la paz. Y, durante la fracción del pan, que es un rito muy significativo, se entona el Cordero de Dios (mejor cantarlo, si no, por lo menos, recitarlo), pero tampoco empieza a cantarse antes. El secreto es no ir más deprisa de lo que se debe: ni el celebrante a partir el pan, ni el director de canto a entonar el Cordero de Dios. Ciertamente, ¡sin prisas las cosas se hacen mejor!

TIEMPO DE RECUPERACIÓN

NATÀLIA ALDANA, *Montserrat*



Fotografía: capitel del Monasterio Viejo de San Juan de la Peña

La celebración de la Eucaristía y los sacramentos –también podemos aplicarlo al Oficio divino– es una acción de toda la Iglesia, no una acción privada de una persona concreta, sea cual sea su ministerio

La pandemia ha trastocado muchas dimensiones de nuestra vida. Todos sabemos la dureza que hemos vivido: miedo a lo desconocido, contagios, personas afectadas, algunas de ellas conocidas nuestras, otras a quienes el virus se ha llevado de forma cruel e inhumana... Ha cambiado la forma de relacionarnos, de hacer las cosas cotidianas, ¡incluso de celebrar nuestra fe! Ahora vamos recuperando una cierta normalidad, recuperamos rostros y sonrisas escondidos por las mascarillas, recuperamos actividades, rutinas... Sí, debemos recuperar la vida que el virus nos ha cambiado.

La celebración de la fe y de la vida cristiana ¿cómo la recuperamos? La pandemia nos ha hecho vivirla y fortalecerla de forma diferente, con una creatividad desconocida que no podemos menospreciar. Ahora, ¿cómo recuperamos nuestras celebraciones?

No podemos olvidar uno de los grandes avances del Vaticano II: el sentido eclesial y participativo de la asamblea litúrgica. La celebración de la Eucaristía y los sacramentos –también podemos aplicarlo al Oficio divino– es una acción de toda la Iglesia, no una acción privada de una persona concreta, sea cual sea su ministerio (cf. *Sacrosanctum Concilium* 26-27). No. Es toda la asamblea, toda la Iglesia quien

celebra cuando dos o tres se reúnen en nombre de Jesús (*Mateo* 18,20). Y aún más: es Dios quien se hace presente en medio de la asamblea en sus diversas dimensiones (*Sacrosanctum Concilium* 7). Durante un tiempo estuvimos privados de poder reunirnos en asamblea litúrgica y celebrar como un solo cuerpo, con muchos miembros, la fe en Jesucristo. Se suplió con iniciativas nuevas, virtuales, que intentaron dar respuesta a necesidades concretas. Ahora debemos superar miedos y celos y salir a recuperar nuestra presencialidad, nuestro ser físico en un espacio y tiempo concreto. Recuperar el «directo» que nos permite unir voces, cantar, proclamar, escuchar, ver, admirar, gustar, oler, palpar la realidad divina que celebramos. Nuestra naturaleza encarnada nos pide recuperar el sentido de comunidad, el ser asamblea convocada, salir de nosotros mismos para formar un nosotros comunitario, eclesial.

Hemos de vencer al virus también como asamblea, como grupo de creyentes que nos reunimos para escuchar la Escritura y partir el pan (*Hechos* 2,42). Debemos recuperarnos a nosotros mismos como comunidad. Estamos llamados a vivir la fe en comunidad, no en soledad. Eso nos fortalecerá personal y eclesialmente. ¿Lo intentamos?

Para trabajar en grupo:

- Formar parte de una comunidad cristiana, de una asamblea de creyentes ¿me ayuda o me entorpece para vivir y profundizar mi fe?
- Durante la pandemia utilizamos diversos medios: retransmisiones, hojas parroquiales *online*, distancia social, grupos de oración ante la dificultad de asistir a las celebraciones... ¿Qué podríamos incorporar a nuestras celebraciones actuales presenciales? ¿Qué cosas nos facilitan la participación como asamblea litúrgica?

MUJERES Y LITURGIA

PAULA DEPALMA, *Madrid*

La relación entre mujeres y liturgia es apasionante. A lo largo de la historia muchas mujeres han celebrado su fe y lo han hecho de maneras muy diversas. En las distintas religiones, las mujeres han generado un lenguaje simbólico y han configurado gestos, ritos y celebraciones para hablar de Dios y con Dios.

Pongo como ejemplo a Egeria, una peregrina hispana del siglo IV que cuenta en su diario de viaje cómo rezaba con la compañía de mujeres santas, leían los Hechos de santa Tecla y agradecían a Dios por la bondad que se manifestaba en sus vidas. En su diario, llama la atención la variedad de lugares, la espontaneidad de las palabras y el colorido que ofrece la vida a la hora de celebrar la fe.

Esta diversidad ritual, simbólica y lingüística que traduce la experiencia de fe y de la comunidad creyente no es solamente algo del pasado. Vivimos una Iglesia caracterizada conciliarmente por la diversidad de ministerios y de carismas donde la constitución *Sacrosanctum Concilium* anima a la «participación activa de todos». Este desafío, para todos hoy, de participar activamente en el dinamismo ritual de la fe está abierto.

Recordemos que las celebraciones litúrgicas, como la misa, recobran una fuerza participativa diferente cuando se concibe la vida misma en su dimensión sacramental. Los textos proféticos, de los que los evangelios se hacen eco, rechazan una liturgia desconectada de la vida. Desde el Concilio Vaticano II se promueven, por su parte, nuevos modelos de participación. Una manera de fomentarla (más allá de la vivencia espiritual interior y de distintos cauces de aggiornamento) consiste justamente en trazar este puente entre liturgia y vida. Así podemos hablar de una vida eucarística, como la hacían los cristianos de los orígenes, y una de liturgia capaz de conectar e incidir en las situaciones concretas.

Hacer de todo tiempo y lugar un tiempo y lugar sagrados constituye una vía de renovación que ayuda a vivir más hondamente la liturgia, y que permite, a su vez, que la liturgia irradie hacia la realidad y la transforme desde dentro.

Materiales y propuestas para la reflexión:

**Espacios litúrgicos de mujeres.
Revisar el pasado, transformar el presente,
diseñar el futuro**

Escrito por Paula Depalma

Este libro puede acompañarte a profundizar en la relación mujeres y liturgia ahondando en las diversas formas de participación en las celebraciones a lo largo de la historia.



Dialogamos...

- ¿Cómo crees que celebraban las mujeres en otros tiempos? Pon ejemplos.
- ¿Conoces algún rito que hacían las mujeres en relación con la Eucaristía? ¿Cómo se desarrollaban?
- ¿Qué signo o gesto se podría hacer hoy para llegar a unas celebraciones más inclusivas?

RECUPEREMOS LA PRESENCIALIDAD EN LA LITURGIA

Durante más de un año hemos vivido una situación desconocida, que nos ha hecho cuestionar todas nuestras rutinas y modo de hacer y que ha alterado incluso los signos de nuestra liturgia. Sin embargo, parece que ya estemos regresando a una nueva «normalidad» y la experiencia vivida –muchas veces con dolor– nos puede ayudar a vivir nuestra presencia en las celebraciones.

«Estar» significa «ser en un espacio y lugar concretos», y no podemos «ser», si no somos conscientes del todo: de nuestra presencia y de nuestro ser ahora y aquí...

Ya con el establecimiento de la Alianza, Moisés invita al pueblo: a «regocijarnos en presencia del Señor, tu Señor, por todas tus empresas» (*Deuteronomio 12,18*).

Celebrar ante la presencia de Dios, nos pide ser conscientes de ello; saber que estamos y saber lo que hacemos.

En este sentido me gusta mucho el consejo que nos da el autor de Qohélet:

«No tengas prisa en hablar ni tomes decisiones precipitadas. Dios está en el cielo y tú en la tierra: sean contadas tus palabras» (*Qohélet 5,1*), y Jesús en el evangelio de Mateo, siguiendo la Tradición, resume toda la Ley con estas palabras:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente» (*Mateo 22,37*).

Con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente...

Señor, ayúdanos a recuperar en nuestras celebraciones la verdadera presencia ante ti, para ser conscientes de que *estar* en tu presencia debe traspasarnos corazón y espíritu, para que nos demos cuenta de que «la palabra de Dios es viva y eficaz» (*Hebreos 4,12*) y debe sacudir nuestras intenciones y pensamientos para que nos lleve a la plena conciencia y al compromiso para con nuestros hermanos y hermanas.

Te lo pedimos a ti como ejemplo vivo de la presencia salvífica de Dios. Amén.

IGLESIA DE LOS VIVOS, DE LOS DIFUNTOS Y DE LOS SANTOS

JOSÉ ANTONIO GOÑI, Pamplona

La celebración litúrgica no es una reunión de un grupo de cristianos inconexos del resto de creyentes, sino que celebran en comunión con toda la Iglesia, esto es, en comunión con la triple realidad eclesial: los cristianos que peregrinan en este mundo; los cristianos ya difuntos que esperan la visión de Dios; los cristianos que participan de la gloria celestial.

En cada Eucaristía se nos recuerda esta triple comunión eclesial:

vivos *Ahora, Señor, acuérdate de todos aquellos por quienes te ofrecemos este sacrificio: de tu servidor el papa Francisco, de nuestro obispo N., del orden episcopal y de los presbíteros y diáconos, de los oferentes y de los aquí reunidos, de todo tu pueblo santo y de aquellos que te buscan con sincero corazón.*

difuntos *Acuérdate también de los que murieron en la paz de Cristo y de todos los difuntos, cuya fe solo tú conociste.*

santos *Padre de bondad, que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino, con María, la Virgen Madre de Dios, con su esposo san José, con los apóstoles y los santos...*

(Plegaria eucarística IV)

Esta triple realidad eclesial resuena en el Año Litúrgico en el mes de noviembre en tres celebraciones: la solemnidad de todos los santos (1 de noviembre), la conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de noviembre) y la fiesta de la dedicación de San Juan de Letrán (9 de noviembre).

Solemnidad de todos los santos

En este día festejamos a todos aquellos cristianos que han vivido con fidelidad y radicalidad el evangelio de Cristo, conocidos y desconocidos, los que están inscritos en el santoral y los que su santidad no ha tenido reconocimiento oficial. En definitiva, esa «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua» (*Apocalipsis* 7, 9) que contemplan el rostro de Dios.

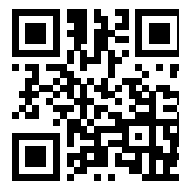
Conmemoración de todos los fieles difuntos

Aunque en multitud de ocasiones tenemos presentes a nuestros difuntos, el día 2 de noviembre, la liturgia nos invita a rezar particularmente por ellos para evocar en los cristianos la esperanza de la resurrección y la participación en la vida divina. «Porque –como dice el prefacio I de difuntos– la vida de los que en ti creemos, no termina, se transforma y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo».

Fiesta de la dedicación de San Juan de Letrán

La basílica de San Juan, que se encuentra en la colina lateranense de Roma, es la catedral del papa, en ella se encuentra la cátedra del sucesor de Pedro. Él es la cabeza de la Iglesia, por ello al celebrar la dedicación de la primera y principal catedral, «madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del mundo» como leemos en su fachada principal (*omnium Urbis et Orbis ecclesiarum mater et caput*), volvemos nuestra mirada a la Iglesia terrenal, que camina en comunión con el papa. Y, además, nos hace presente que cada cristiano es un verdadero templo de Dios: «Generosamente te dignas habitar en toda casa consagrada a la oración, para hacer de nosotros, con la ayuda constante de tu gracia, templo del Espíritu Santo, resplandeciente por la santidad de vida» (Prefacio).

Se puede acceder a los comentarios de las lecturas del tiempo correspondiente escaneando el código QR o en este enlace: <https://bit.ly/3kFxxvqP>





Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siv>

Desde el domingo XXVII hasta el domingo XXXIV del tiempo ordinario – Ciclo B

Del 3 de octubre al 21 de noviembre de 2021

| Domingo | Primera lectura | Segunda lectura | Evangelio |
|--|---|---|--|
| Domingo 27 del tiempo ordinario 3 de octubre | Y serán los dos una sola carne <i>Génesis 2,18-24</i> | El santificador y los santificados proceden todos del mismo <i>Hebreos 2,9-11</i> | Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre <i>Marcos 10,2-16</i> |
| Domingo 28 del tiempo ordinario 10 de octubre | Al lado de la sabiduría en nada tuve la riqueza <i>Sabiduría 7,7-11</i> | La palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón <i>Hebreos 4,12-13</i> | Vende lo que tienes y sígueme <i>Marcos 10,17-30</i> |
| Domingo 29 del tiempo ordinario 17 de octubre | Al entregar su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años <i>Isaías 53,10-11</i> | Comparezcamos confiados ante el trono de la gracia <i>Hebreos 4,14-16</i> | El Hijo del hombre ha venido a dar su vida en rescate por muchos <i>Marcos 10,35-45</i> |
| Domingo 30 del tiempo ordinario 24 de octubre | Guiaré entre consuelos a los ciegos y los cojos <i>Jeremías 31,7-9</i> | Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec <i>Hebreos 5,1-6</i> | Rabbuní, haz que recobre la vista <i>Marcos 10,46-52</i> |
| Domingo 31 del tiempo ordinario 31 de octubre | Escucha Israel: Amarás al Señor con todo tu corazón <i>Deuteronomio 6,2-6</i> | Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa <i>Hebreos 7,23-28</i> | Amarás al Señor, tu Dios. Amarás a tu prójimo <i>Marcos 12,28b-34</i> |
| Todos los Santos 1 de noviembre | Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas <i>Apocalipsis 7,2-4.9-14</i> | Veremos a Dios tal cual es <i>1 Juan 3,1-3</i> | Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo <i>Mateo 5,1-12a</i> |
| Conmemoración de los fieles difuntos 2 de noviembre | ¿Quién nos separará del amor de Cristo? <i>Romanos 8,31b-35.37-39</i> | ---- | Deseo que estén conmigo donde yo estoy <i>Juan 17,24-26</i> |
| Domingo 32 del tiempo ordinario 7 de noviembre | La viuda preparó con su harina una pequeña torta y se la llevó a Elías <i>1 Reyes 17,10-16</i> | Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos <i>Hebreos 9,24-28</i> | Esta viuda pobre ha echado más que nadie <i>Marcos 12,38-44</i> |
| Domingo 33 del tiempo ordinario 14 de noviembre | Entonces se salvará tu pueblo <i>Daniel 12,1-3</i> | Con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados <i>Hebreos 10,11-14.18</i> | Reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos <i>Marcos 13,24-32</i> |
| Cristo Rey 21 de noviembre | Su poder es un poder eterno <i>Daniel 7,13-14</i> | El príncipe de los reyes de la tierra nos ha hecho su reino y sacerdotes para Dios <i>Apocalipsis 1,5-8</i> | Tú lo dices: soy rey <i>Juan 18,33b-37</i> |

Asamblea litúrgica sin presencia física

BERNABÉ DALMAU, *Montserrat*



El título que encabeza estas reflexiones puede parecer una contradicción verbal. Efectivamente, si algo caracteriza la liturgia es que es obra de Iglesia, actualización del misterio de Cristo que implica toda la persona del creyente, especialmente en su corporeidad, tal como nos evoca la más elemental consideración de los sacramentos. Este título testimonia la ausencia de asamblea durante los meses más duros de la pandemia. Si se me permite empezar por un apunte personal, diré que he entendido más que nunca el comienzo de la célebre Constitución del Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes, luctus et angor*: «La alegría y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres contemporáneos, sobre todo de los pobres y de todos quienes sufren, son también la alegría y la esperanza, la tristeza y la angustia de los discípulos de Cristo, y no hay nada de verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de ellos».

En el cobijo de la celda, en la intimidad de la vida monástica comunitaria, he entendido más que nunca qué son estos *gaudium, spes, luctus, angor*. Esta mezcla de angustia y de esperanza, pensando continuamente que las comparto con toda la humanidad, ha

marcado mi vida durante casi un año y medio. La palabra «pandemia» ya evoca, etimológicamente, a que todo el mundo participa de la desgracia. Teóricamente ya sabíamos que el hombre es débil: la Biblia nos lo enseña en cantidad suficiente. También la oración de la Iglesia: cómo hemos redescubierto lo «gements et flentes in hac lacrimarum valle» de la Salve, ¡nosotros que nos creíamos los reyes del mundo!

Y esto que, desde el punto de vista humano, nuestra comunidad monástica no se puede quejar de nada. Sí, como todo el mundo, la pandemia nos ha empobrecido materialmente. Un Montserrat sin peregrinos ni monaguillos resulta muy extraño, porque todos tenemos muy asimilada la simbiosis monasterio-santuario.

Pero los monjes estábamos. Quizás más que nunca, porque la pandemia ha imposibilitado actividades pastorales externas y gestiones fuera del monasterio. La liturgia se ha convertido en más familiar, pero nada introvertida. Hemos constatado el acierto de haber apostado estos últimos años por las transmisiones que los medios de comunicación permiten. Sabemos que, precisamente a causa de la pandemia, ha aumentado el número de los «que nos siguen desde lejos»,

por decirlo con las palabras que ahora forman parte de nuestras intercesiones o saludos rituales. No es raro que sigan por internet la misa conventual tres o cuatro centenares de personas. Y la televisión de la misa de los días festivos, en la última Semana Santa, se acercó a los cien mil espectadores. Cierto, la vida sacramental pide presencia física: gestos corporales, contacto con los dones de la natura que la Palabra del Señor santifica: pan, vino, agua, óleo... Y, por lo tanto, aunque la pandemia nos hará cambiar la vida, la expresión de la fe cristiana reclama en todo el mundo una liturgia presencial. En efecto, ni «el hombre no es una isla» (T. Merton) ni la Iglesia es una entequeia. Es el momento de apostar nuevamente por la asamblea. En efecto, «¿qué es la Iglesia, sino la asamblea de todos los santos?» (Nicetes de Remesiana).

[Abadía de Montserrat \(web\)](#)